

Rubén Serrano

NO ESTAMOS



TAN BIEN

Nacer, crecer y vivir fuera de la norma en España

RUBÉN SERRANO
NO ESTAMOS TAN BIEN

Nacer, crecer y vivir fuera de la norma en España

Título original: *No estamos tan bien*

© Rubén Serrano Martínez, 2020
Por mediación de MB Agencia Literaria, S.L.
Corrección de estilo a cargo de Laura Quero

© Editorial Planeta, S. A., 2020
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2020
ISBN: 978-84-9998-806-1
Depósito legal: B. 12.987-2020
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

PUNTO DE PARTIDA	11
CASA	17
ESCUELA	43
CALLE	67
TRABAJO	91
INSTITUCIONES	109
CÁRCEL	139
MÉDICO	165
DIVÁN	191
<i>Epílogo</i>	213
<i>Agradecimientos</i>	215
<i>Biografía</i>	219

PUNTO DE PARTIDA

«No sé si mi historia es importante.» Esa fue la frase que más veces oí de las personas con las que me senté a hablar para construir este libro. La decían justo antes de empezar la conversación, dudando de que sus vivencias fueran a aportar algo a este diálogo colectivo. Yo también dudé durante muchos años de que mi experiencia fuese importante. Claro que nuestras historias lo son, pero nos han hecho creer que no y nosotros lo hemos asumido así. ¿Cómo no va a ser importante decirles a tus padres que eres lesbiana en medio de una carretera después de una boda a la que tu novia no ha podido ir? ¿Cómo no va a ser importante cruzar un océano porque en tu país te habían secuestrado y amenazado de muerte por ser una mujer trans? ¿Cómo no va a ser importante que tus compañeros de instituto te hayan acosado durante años o que te hayan llevado a terapia por tu orientación sexual? ¿Cómo no va a ser importante que nadie te dijera que tu bebé era intersexual antes de que le operaran sus genitales?

Hemos crecido oyendo insultos como «maricón», «marimacho» y «travelo» mientras nuestro entorno hacía bromas sobre orientación sexual e identidad de género y recibíamos noticias de palizas. Hemos asimilado que nuestra existencia era

negativa y que despertaba odio en los demás. Hemos alcanzado la edad adulta pensando que éramos menos. Hemos interiorizado que nuestras realidades son menos relevantes, menos aptas, secundarias, mínimas, inservibles; en definitiva, invisibles. ¿Cómo no vamos a quitarles validez a nuestras propias historias si hemos aprendido durante toda la vida que somos motivo de rechazo? Nos han hecho naturalizar la violencia que sufrimos, como si fuera normal que nos tuviera que suceder algo malo por ser gays, lesbianas, bisexuales, trans, intersexuales, etcétera.

El 24 de agosto de 2018 el movimiento #MeQueer estalló en España. Twitter se llenó de denuncias y de casos de discriminación por ser una persona LGTBI+. El *hashtag* fue *trending topic* a las pocas horas y en solo un día se registraron más de 40.000 tuits. El impacto hizo que saltara a Latinoamérica y que, como si se tratase de un seísmo, se replicara en países como México, Argentina, Venezuela, Paraguay y Colombia. Unos días antes, el 13 de agosto, el escritor alemán Hartmut Schrewe lo había iniciado de forma espontánea. Dos semanas después, el #MeQueer sumaba más de 110.000 mensajes en todo el mundo.

Al igual que Hartmut, cuando escribí el primer tuit jamás se me pasó por la cabeza que se desataría un tsunami de vivencias tan inmenso. Aquel día decidimos romper en las redes nuestro silencio, nuestro dolor y nuestra vergüenza. Aquel día, también, muchas personas escucharon por primera vez lo que para nosotros, nosotras, nosotres es nuestro día a día: sentir odio por no ser heterosexual ni cis.¹ De ese rugido comunitario y de ese abrazo digital nace este libro.

España está a la cabeza de los países de la Unión Europea con mayor aceptación de los derechos de las personas LGTBI+.²

(1) Se entiende por cis o cisgénero a una persona cuya identidad de género coincide con el sexo asignado al nacer.

(2) Según el Eurobarómetro de octubre de 2019 sobre la discriminación en la Unión Euro-

Tenemos una ley estatal que garantiza el matrimonio homosexual y que nos permite adoptar, una ley estatal de identidad de género y diferentes leyes LGTBI+ y trans autonómicas que amplían la protección a otros ámbitos. Sin embargo, este avance en el marco legal no ha ido acompañado de un avance en el marco social. Nos podemos casar y las personas trans pueden cambiar sus datos en el Registro Civil, pero nos siguen pegando palizas por la calle, sufrimos acoso en las aulas, nos someten a terapias de conversión como si estuviéramos enfermos, tal y como hacía la dictadura franquista; las personas trans siguen teniendo dificultades para acceder a un puesto de trabajo y siguen necesitando un informe de disforia de género, seguimos teniendo miedo de expresarnos libremente en ciertos espacios... Y esta discriminación se agrava y se vuelve interseccional si hablamos de personas LGTBI+ migrantes, racializadas, con menos recursos económicos y/o con algún tipo de diversidad funcional.

La violencia que sufrimos las personas LGTBI+ en España es sistemática, crónica e histórica. La violencia que recibimos viene de partidos políticos, instituciones religiosas, jefes, compañeros de clase, compañeros de trabajo, padres, madres, conocidos y desconocidos. La violencia sigue estando ahí. Sigue repitiéndose. Sigue haciendo su camino. No se corta. No se frena. No se detiene.

Este libro pretende ser un lugar para encontrarnos, para valorarnos y para reconocer que nuestras vidas sí importan y sí son valiosas. Es un lugar para todas las personas a las que no nos han dejado hablar y nos han hecho sentir que teníamos que es-

pea (UE), España (91 %) es el tercer país de la UE que piensa que las personas homosexuales y bisexuales deben tener los mismos derechos que las personas heterosexuales, y es el primer país de la UE (83 %) que considera que las personas trans tienen que poder cambiar los documentos oficiales para adaptarlos a su género. Ver en: <<https://ec.europa.eu/commfrontoffice/publicopinion/index.cfm/survey/getsurveydetail/instruments/special/surveyky/2251>>.

tar calladas con la cabeza agachada. Hoy esa sumisión se termina. Pero este libro también quiere ser un lugar de escucha para que conozcáis cómo se pudo haber sentido vuestro hermano gay en la adolescencia, lo que siente vuestra amiga trans ahora mismo o lo que sintió aquella chica que viste por el pasillo del instituto cuando le gritaste «bollera». Sin vosotros no habrá un cambio y esa violencia seguirá perpetuándose. Las personas LGTBI+ no somos responsables de la discriminación que sufrimos ni tenemos la culpa de que se ataquen nuestras libertades y se vulneren nuestros derechos. Existimos. Estamos aquí. Ya no queremos estar en los márgenes. Jamás elegimos estar ahí.

No puedo negar ni esconder el lugar desde el que estoy escribiendo. Hablo desde mi perspectiva y asumiendo mis privilegios como hombre blanco, europeo, cis, gay, con estudios, que vive en Barcelona, de clase obrera aspiracional y que tiene estas páginas a su disposición. No me estoy erigiendo como voz única ni representante de todos, sino como un agente transmisor que comparte este lugar.

En estas páginas hay compilados casi dos años de investigación y de trabajo. Es un diario de viaje, de esperas en el tren, de llamadas por Skype, de cafés en el barrio de Sant Antoni, de acudir a asociaciones, de asistir a proyecciones de documentales y a charlas, pero también de salir de fiesta, de pasear el dedo por Instagram y de abrir Grindr. Todas las historias que aparecen a continuación son reales. Sin embargo, algunos nombres son ficticios para proteger el anonimato de los testimonios. Soy consciente de que faltan puntos de vista. La realidad LGTBI+ es muy amplia y diversa y toda no se puede almacenar en algo más de doscientas páginas. Aquí hay recogidas una treintena de historias. Quiero pensar que este es un punto de partida para que después se escuchen muchas más.

Estos relatos de vida tampoco pretenden generalizar, sino

contribuir a formar un retrato colectivo actual que ilustre en qué punto estamos. En este libro no hay respuestas ni soluciones; lo que se dibuja es un mapa de las violencias que sufrimos las personas LGTBI+. El libro está dividido en ocho espacios en los que las enfrentamos —nuestra casa, los centros educativos, la calle, el trabajo, instituciones públicas como ayuntamientos y el Gobierno, las cárceles, los centros sanitarios y el espacio que ocupan nuestra salud mental y emocional— para poder ver quién las ejerce, qué mecanismos activamos para enfrentarlas, qué huella nos dejan y cómo intentamos vencerlas.

No, no estamos tan bien. Ni estamos tan bien como pensáis, ni estamos tan bien como nos han hecho pensar. Seguir ocultando, negando y menospreciando la violencia que sufrimos supone ser cómplice de ella. No buscamos tolerancia, porque tolerar significa permitir algo de modo excepcional. Tampoco buscamos permiso para estar porque nadie tiene poder sobre nuestra existencia. Queremos demoler el armario en el que nos encierran. Queremos ser tan libres como vosotros. No queremos puertas ni rejas. Queremos reventar el cerrojo y verlo todo abierto. Así, de par en par. Que entre en el aire. Que nos veáis. Que nos veáis como iguales. Si uno de los principios de la democracia es la igualdad entre ciudadanos, el odio a la diversidad sexual y a la identidad de género no tiene cabida en nuestra sociedad. Nos atañe ponerle fin. Vamos a extirparlo.

CASA

Soy de Monóvar, una localidad del interior de Alicante que tiene unos 12.000 habitantes. Allí nací, me crié, estudié y viví hasta mis veinte años. La siento como mi pueblo y como el sitio al que pertenezco, aunque durante muchos años deseé huir de allí. Como en cualquier otro lugar pequeño, todos nos conocemos y todos hablamos de todos. Cuando tienes catorce años y eres consciente de que te gustan los hombres, lo último que quieres es que el pueblo hable, te señale con el dedo y tu familia se entere. Si vas por la calle y un grupo de chicos te grita «maricón» a pleno pulmón, si se ríen de ti en los pasillos del instituto y si oyes a tu tío o a tu abuelo decir «cada vez hay más gais, esto antes no pasaba», concluyes que la homosexualidad no está bien y que lo que sientes está mal. Consecuentemente, asumes que tienes un problema, que ningunos padres merecen tener un hijo así —es decir, que no sea heterosexual— y empiezas a almacenar una vergüenza interiorizada que te perseguirá toda la vida. Soy un maricón de pueblo y ser maricón en un pueblo no es fácil.

El rechazo familiar es invisible a ojos del mundo porque no sale de la puerta de casa, pero también es uno de los tipos de violencia más dolorosos porque tenemos que convivir con ella a diario y eso nos deja huella. Nuestro hogar debe ser un espacio

seguro pero se puede convertir en un sitio hostil si nuestros padres, las personas que suponemos que nos van a querer siempre, nos niegan su afecto, nos dejan de hablar, nos golpean o nos echan de casa cuando se enteran de que no somos heterosexuales o de que el género que se nos asignó al nacer no es el nuestro.

* * *

María les dijo a sus padres que llevaba cuatro años saliendo con su novia en medio de la carretera mientras conducía. Era de noche y estaban volviendo de la boda de su prima. Su novia no había podido asistir al enlace porque no sabían de la existencia de su relación. María rompió a llorar y tuvieron que parar en una estación de servicio.

La conocí hace ya varios años. El primer recuerdo que tengo de ella es verla pasear por las calles de mi pueblo con su novia cogida de la mano. Eran de las pocas parejas de mujeres lesbianas visibles que había y que al menos yo conocía. Sin embargo, llegar a ese punto no fue nada fácil y poder hacer ese simple gesto conllevó algunas heridas. Aunque nos llevamos unos años de diferencia, los dos crecimos yendo a los mismos parques, a las mismas tiendas, a los mismos locales de fiesta y a los mismos bares a cenar: «Nunca me he sentido igual que las otras niñas de mi edad. En mí siempre han estado muy vinculadas mi orientación sexual y la poca feminidad o la ausencia de lo que está asociado con ser una mujer femenina. Desde pequeña he estado fuera del círculo de la heteronormatividad». Lo primero que me explica cuando empezamos a hablar vía Skype es que ella fue a un cole de monjas y después a uno de curas, ambos concertados. «La homosexualidad, la bisexualidad y la transexualidad estaban vetadas. No recuerdo que se hablase mal de ellas, es que no se

hablaba, que es hasta peor, eran algo invisible. Había una única realidad en las aulas y esa era que solo podías ser hetero.»

Ese vacío de la diversidad sexual seguía más allá del colegio y del instituto religioso. En su casa nunca oyó comentarios negativos sobre la homosexualidad, sencillamente porque ni siquiera se nombraba. Somos un tabú en los centros educativos y somos un tabú en casa. ¿Cómo podemos conocernos a nosotros mismos si cuando somos pequeños nuestra realidad no existe? «Ni siquiera se planteaba que hubiese otro tipo de sexualidad. Toda la vida se daba por hecho que, como soy mujer, acabaría con un hombre. De homosexualidad no se hablaba, pero sí se hablaba de que iba a tener novio y de que me iba a casar con un chico», me cuenta desde el sofá de su casa.

Vivíamos a quince minutos de distancia caminando, pero las sensaciones que experimentábamos en nuestro interior eran muy similares. Mi entorno me hizo pensar que era inconcebible ser gay y su entorno le hizo pensar que era inconcebible ser lesbiana: «Yo creía que estaba mal. Me he arrepentido muchas veces de pensar que lo que yo estaba sintiendo no era lo correcto y que no podía ser así. Me obligaba a que me gustasen los chicos porque yo no podía ser una mujer lesbiana en un pueblo pequeño. Intentaba quitarme los pensamientos de estar con chicas y, en cierto modo, lo que hacía era forzarme a que me gustase un chico. Conocía a un chico, me caía bien y les decía a mis amigas que me gustaba, pero en el fondo yo sabía que no me gustaba».

La estrategia que cuenta María de besarse e intentar relaciones con chicos es una técnica de supervivencia ante una sociedad que solo y constantemente nos presenta la heterosexualidad como la vida deseable y la que tenía que ser. Cuando teníamos cinco años, antes de que nos preguntáramos si nos gustaban los chicos o las chicas, nuestro alrededor ya se estaba encargando de

decirnos que si te llamas María te tienen que atraer ellos y si te llamas Rubén te tienen que gustar ellas. Si no lo cumples, eres rara, no sigues la norma y empiezas a familiarizarte con frases como «¿no serás mariquita?» o «¿no serás tortillera?». Todavía recuerdo cómo de pequeño los adultos me preguntaban constantemente si me había echado novia en clase mientras yo soñaba con besar a Matt de *Digimon* y cómo me señalaban «no pongas la mano así que eso es de chicas» mientras en mi habitación imitaba los videoclips de Paulina Rubio, Chenoa y Hilary Duff. Mi entorno intentó hacer de mí un hombre hetero más. Lo siento, no ha funcionado.

A los diecisiete años, María empezó una relación con una chica que mantuvo a espaldas tanto de su grupo de amigas como de su familia durante un año. El hecho de no conocer a ningún referente, ya no solo a nivel mediático sino también cercano, hizo que descartara la idea de hacerla pública: «De mi quinta no había ninguna mujer lesbiana. Fue todo a escondidas porque a esa edad en mi círculo continuaba sin haber nadie que no fuera hetero». Entonces el pueblo empezó a hablar y, cuando se enteró de que las amigas de su madre iban comentando que la hija le había «salido» lesbiana, cortó la relación: «Le dije que no quería volver a verla nunca más, que no me hablara ni me escribiera, porque yo seguía sin aceptarme. Eso [estar con una mujer] seguía estando mal en mi cabeza».

Aquella primera novia la sacó del armario frente a sus amigas y la revelación empujó a María a hablar con ellas. «Les dije que era verdad como si estuviera confesando el pecado más grave. Me sentía muy mal. Era como si tuviera que darles un montón de explicaciones. Su respuesta fue: “Ya lo sabíamos, María. Era evidente”. Mis amigas reaccionaron muy bien y me sentí mucho más segura.» Pasado un tiempo, comenzó a salir con otra chica y, gracias a la red de apoyo de sus amigas y también de

su hermana, los besos, las caricias y los signos de amor dejaron de producirse solo cuando nadie miraba. Fue entonces cuando decidió compartir con su madre que tenía novia: «Estaba desayunando con ella y le conté que estaba con una persona. Obviamente, asumí que era un chico y le dije que no era fácil contárselo. Me respondió: “¿Qué pasa? ¿Es mayor?”. “No es un chico, mamá. Es una chica.” Entonces me respondió: “Si hay algo que siempre os he inculcado a tu hermana y a ti es respeto”. No me dijo nada más». Ese breve diálogo hizo que el armario se abriera momentáneamente, pero no que desapareciera por completo.

Cuando la relación terminó y le comunicó la noticia a su madre, María regresó al armario. Su padre aún desconocía que era lesbiana y en su casa se volvía a hablar de su futuro marido, volvió a caer sobre ella la presunción de heterosexualidad y se impuso la narrativa de «la fase», es decir, que la relación que acababa de terminar había sido una cosa experimental y que ahora volvía a ser heterosexual. Como resultado de ese discurso, los pensamientos de «defraudar» y de «sigo sin ser la persona que se espera de mí» volvieron a su cabeza. Resulta irónico que para algunas voces sean el feminismo y el movimiento LGTBI+ los que imponen doctrina de género, cuando lo que hace la sociedad con nosotros desde que salimos del útero de nuestras madres es educarnos en la heterosexualidad.

Un tiempo después, María inició una relación con Laura que duraría varios años. «En mi casa había libertad absoluta para que ella se quedara a dormir o para que yo durmiera en su casa. Entonces, no sentí la necesidad de contarles que estábamos juntas. En la casa de Laura sabían sobre nuestra relación, pero para mi familia, Laura era una amiga y Laura venía a las quedadas a las que venían mis amigas.» El hecho de que Laura fuera una amiga más para sus padres implicaba que había espacios en los que ella no tenía derecho a entrar: «Estaba harta de

ver que en Navidad había regalos para el novio de mi hermana y de que a ella le preguntasen por él. Su novio era de la familia y mi novia estaba totalmente fuera. Ella no recibía el trato que tenía el que ahora es mi cuñado porque no sabían que tenían que darle ese trato. Llevaba ya tiempo con Laura, quería que formase parte de mi familia, pero mi familia no sabía que era mi novia. Y, claro, exploté».

La boda de su prima provocó el estallido. María tuvo que acudir sola, a pesar de que su novia y ella llevaban cuatro años de relación. «Mi novia no pudo ir conmigo porque mi novia no existía. Quería que Laura pudiese estar en los momentos más importantes de mi vida, así que se lo dije a mis padres. Fue en el coche volviendo de la boda. Yo estaba al volante, a mi lado estaba mi padre y detrás estaba mi madre. Sin mirarlos, seguí conduciendo y se lo conté: “Llevo años con mi novia y la conocéis de sobra porque está en casa todo el rato”. Me puse a llorar. Paramos en un área de servicio, abracé a mi madre y empecé a pedirle perdón. Le dije: “Lo siento, mamá. Si pudiese elegir mis sentimientos, amaría a un chico”. Yo no quería que mis padres se avergonzaran de mí ni quería defraudar a nadie. Ahora estoy bien, pero he pensado muchas veces que si pudiera elegir, elegiría ser hetero porque es mucho más fácil. Sigues el camino que se espera de ti y no tienes que dar explicaciones.»

¿Cuántas personas heterosexuales han pedido perdón a sus padres por ser heterosexuales? ¿A cuántas personas heterosexuales les han hecho sentir vergüenza por ser heterosexuales? ¿Cuántas personas heterosexuales piensan que decepcionarán a sus padres por ser heterosexuales? ¿Cuántas personas heterosexuales tienen que decir que son heterosexuales?

Salir del armario es algo por lo que una persona heterosexual y cis no tiene que pasar. «He salido del armario muchas veces y todas llorando mucho», me cuenta María. Salir del armario no es

fácil. Nos causa miedo y, como dice María, del armario no se sale una vez. Del armario se sale constantemente: ante tus padres, tus amigos, tus compañeros de trabajo, el novio de tu hermana, tu tío y tu tía, las personas que conociste ayer de fiesta, tu nuevo jefe... Salir del armario agota y desgasta. Pero ¿por qué tenemos que salir? Salimos del armario porque nos encierran en él. No hemos entrado voluntariamente. El sistema cisheterosexual en el que vivimos nos empuja a vivir entre cuatro paredes de madera. Cualquier persona que no tenga esta orientación sexual o que sienta que su sexo asignado al nacer no concuerda con su identidad de género es automáticamente diferente, queda catalogada y definida en términos de otredad y se relega a un armario. Una vez contenidos ahí dentro, estamos silenciados y pasamos desapercibidos, pero, en el momento en el que nuestra disidencia se hace evidente, aparecen la mofa, el menosprecio y la violencia para volver a silenciarnos. Del armario no tendríamos que salir porque en el armario no nos tendrían que meter.

Parados en una gasolinera y viendo a su hija entre lágrimas, sus padres la calmaron: «Me dijeron lo mismo que mis amigas. Que ya sabían que era lesbiana. “Pues me podíais haber ayudado un poco”, les dije. Me contestaron que estaban esperando a que yo me sintiera preparada para decirlo». No es solo responsabilidad nuestra tener esta conversación. Agradecemos la colaboración y el acompañamiento. Si nos lo ponéis fácil, si ya sospecháis algo y nos mandáis una señal, si no invisibilizáis la diversidad, quizá nos podremos evitar un poco de dolor. Nosotros no somos los responsables del borrado colectivo de nuestros sentimientos y de nuestra identidad. María coincide en esto: «He tenido suerte del apoyo que he encontrado en mi círculo cercano, pero estás tan contaminada y condicionada desde pequeña que tú misma te montas este drama». Creemos oyendo tantos comentarios negativos e insultos, noticias de palizas y declaraciones de políticos

que niegan nuestros derechos que configuramos nuestra forma de actuar para evitar a toda costa que lo peor nos suceda.

María demolió su armario en aquella gasolinera y desde entonces Laura se sumó a las comidas familiares. Sin embargo, su abuela aún espera que pase por el altar con un hombre. Su madre le prohibió decirle que es lesbiana «para no darle un disgusto» a la yaya. «No me atrevo a contárselo, porque no lo va a entender nunca. Mi abuela lo ve fatal. Vio una foto de Pelayo y su marido en mi Instagram y dijo: “Qué asco, qué asco”. Tiene noventa y dos años. Para ella yo no he tenido pareja y me dice: “María, ¿es que no te quiere nadie?”. ¿Por qué mi abuela tiene que pensar que moriré rodeada de gatos? Siento impotencia de no poder decirle a mi abuela que he tenido novias y que he sido muy feliz con ellas. De hecho, mis novias han entrado en su casa, pero, claro, como amigas.» Hay conquistas que llevan más tiempo.

* * *

Teresa es una superviviente. Tiene treinta y un años, es peluquera y es de Ecuador: «A mí me secuestraron y me quisieron matar por ser una persona trans. Por eso tuve que salir de mi país». Si permanecía allí, su vida corría peligro. A los pocos días de sufrir aquel episodio, se subió a un avión para volar más de 8.700 kilómetros y empezar de cero una nueva vida en España. Ahora lleva dos años viviendo en Madrid y, cuando se lo permite su trabajo, colabora con asociaciones como Kifkif. Gracias a esta entidad, que ofrece ayuda a la comunidad migrante LGTBI+ desde la capital, solicitó protección internacional y ha conseguido refugio.

Nos sentamos a charlar. Estamos en el recibidor de las oficinas de Kifkif, que están cerca de la Puerta del Sol, mientras, en

la sala de al lado, todo el equipo humano sigue con sus rutinas de trabajo diarias. Teresa me explica que su infancia y su adolescencia no fueron sencillas. Nació en Manabí pero creció en Guayas, dos provincias situadas al occidente del país suramericano. Tiene marcado en la memoria que en la escuela sufría acoso, que desde siempre la regañaban por su amaneramiento —«este se porta como un maricón»— y que incluso las madres de sus compañeros y compañeras decían que no era un buen ejemplo para sus hijos y que personas así estaban «enfermas». «Ahora quisiera ver a esas madres para ver lo que dicen», apunta.

Teresa sufrió una humillación constante por parte de su entorno, de sus hermanos mayores y, en concreto, de su padre: «Mi papá fue muy cruel conmigo. Yo creo que siempre me ha tenido odio porque yo era muy afeminada. Cuando tenía nueve años me intenté suicidar. Sentía que no tenía cabida en este mundo y que todo era en mi contra. Tomé veneno de ratas. Uno de mis diez hermanos me encontró en el baño. Estaba literalmente muerta en la ducha y me llevaron a un centro de salud. Me dijeron que estaba bastante complicada y que allí no me podían ayudar. Entonces mi papá dijo: “Yo no puedo hacer nada por él. Si se quiso matar que se muera”. Qué fuerte decirlo... A mi mamá le tocó dejar a sus otros seis hijos y encargarse de mí. Pero me lograron salvar».

Teresa rasca con sus uñas la mesa. Cuando habla de su padre utiliza la palabra *odiar* hasta el punto de convertirla en epíteto. «Me detestaba y cuando tenía oportunidad me humillaba. Me decía “apártate de aquí”, “me haces gastar un montón de dinero” o “no tienes consciencia de lo que haces”. Mi papá es una persona muy desconocida para mí. No me decía “te quiero”. Nunca lo ha hecho. Cuando llegaba a casa no me daba un abrazo.» Esta situación en el hogar de Teresa no era un caso aislado; un estudio de 2013 del Instituto Nacional de Estadística y Cen-

sos de Ecuador (INEC) reveló que entre el 61 y el 65 % de las personas LGTBI habían sufrido algún tipo de rechazo y de violencia dentro de su familia. En la investigación participaron 2.800 ciudadanos LGTBI.¹

La relación con su padre se rompió por completo cuando tenía trece años. A Teresa la encontraron en el baño de chicas de la escuela y desde el centro interpretaron que estaba espiando a sus compañeras. «Se armó un marrón terrible. Llamaron a mi papá. Me golpeó. Casi me mata ese mismo día en clase porque él sabía que yo no estaba mirando a las chicas. Él sabía que ese era el lugar donde yo me sentía cómoda. Me arrastró literalmente delante de todo el mundo hasta afuera y al llegar a casa me dio una paliza más. Me echó a la calle diciendo que yo era un bochorno para la familia, que no podía vivir en el mismo techo que él y que se sentía avergonzado de tener un hijo tan enfermo. Tengo cicatrices en el cuerpo que él me provocó.» Teresa para de narrar. Se detiene en seco. Un silencio largo y asfixiante se propaga por toda la sala hasta que finalmente suspira: «Qué fuerte».

Su madre se enfrentó a su padre, pero no sirvió de nada. Él le hizo escoger: o se marchaba con su hija o su hija se iba sola. Acorralada, tuvo que quedarse en casa y no abandonar el hogar familiar porque tenía que seguir cuidando del resto de sus hijos. Teresa tuvo que irse. Con menos de catorce años, se vio desterrada del hogar familiar, con el cuerpo lleno de golpes de su padre, sola, en medio de la calle, sin dinero, sin nada. «Cuando me fui, salí corriendo y me quedé toda la noche durmiendo en un parque. Al día siguiente, mientras mi papá estaba trabajando,

(1) *Estudio de caso sobre condiciones de vida, inclusión social y cumplimiento de derechos humanos de la población LGTBI en el Ecuador*, Instituto Nacional de Estadística y Censos de Ecuador (INEC), 2013. Ver en: <https://www.ecuadorencifras.gob.ec/documentos/web-inec/Estadisticas_Sociales/LGBTI/Analisis_situacion_LGBTI.pdf>.

volví a casa. Estaba hinchada y llena de sangre, pero le dije a mi madre que allí no me podía quedar.» Su madre le aconsejó que fuera a vivir con sus padrinos, que residían en otra provincia, y le dio dinero para comprar el billete. «Cuando llegué a la terminal, el dinero no me alcanzó para ese boleto, pero me compré otro que me llevó hasta Guayaquil.» Al llegar a la estación de autobuses de la segunda ciudad más grande de Ecuador, se quedó sentada en una silla de allí y pasó la noche. No sabía qué hacer ni adónde ir. El mundo iba y venía, la gente pasaba por su lado, la miraban y seguían su rumbo. A la mañana siguiente, una mujer que trabajaba en un local de la terminal le ofreció algo de comida. Aquella señora se preocupó por ella y le preguntó dónde estaban sus padres y por qué estaba herida. Estuvieron hablando un rato hasta que la mujer le propuso quedarse a vivir en su casa. La acogió. Le dio un techo, un trabajo como ayudante en su pequeño establecimiento y un nuevo comienzo.

Teresa inició su transición. Se depiló las cejas, se dejó crecer el cabello, poco a poco fue incluyendo ropa más apretada en su fondo de armario y empezó a tomar hormonas gracias a una amiga que le habló del Topasel, un compuesto de estrógenos y progestágenos (hormonas sexuales femeninas) que se usa como anticonceptivo. Teresa se sintió segura de dar este paso en parte porque ya no estaba sumergida en un espacio hostil que le impedía ser libre y que respondía con violencia a cualquier señal de disidencia: «La señora nunca se opuso ni se sintió deshonrada y eso a mí me dio mucha confianza. Me llegué a sentir más hija de ella que de mi familia, pero aun así tenía el remordimiento de no tener una familia. Sabía que ella no era mi mamá, que no era de mi sangre. Yo no iba a mi casa en las Navidades, estábamos las dos solas, a veces trabajábamos de noche, los cumpleaños eran horribles...». La señora se vio obligada a vender su negocio y Teresa se volvió a ver en el punto de partida: «Me volví a quedar

en la calle. De la noche a la mañana, otra vez, se me fue todo de las manos. No tenía adónde ir. Iba a cumplir diecisiete años e intenté suicidarme de nuevo, pero no lo logré. Solo me intoxicqué. Tuve que ir al médico para que me hicieran lavados gástricos».

Tres años después de que su padre la expulsara de casa, Teresa regresó con la intención de quedarse. Su madre rompió a llorar de la emoción, conoció por primera vez a dos hermanos que habían nacido mientras ella no estaba y algunos de sus hermanos mayores corrieron a abrazarla mientras que otros ni siquiera la saludaron. La imagen exterior de Teresa había cambiado y, cuando el patriarca la vio, «se puso como un loco»: «Me dijo que él pensaba que yo ya me había muerto, que yo ya no existía y que no volviera para dejar humillaciones a la familia. “¡Qué vergüenza!, ¡qué vergüenza!” “Mejor que te marches porque si no te maté la primera vez, esta sí lo voy a hacer.” Mi papá se tiró encima de mí para golpearme, entonces se metieron mis hermanos. Mi mamá se quiso ir de casa, pero mis hermanos no la dejaron. Con ella siempre tuve buena relación, aunque a veces prefiere ser más madre de sus otros hijos y yo como que no existo». El silencio vuelve a la sala. «“Si no me quieren aquí, nunca más regreso”, me dije a mí misma. Me marché de nuevo de esa casa y no volví hasta que tuve veintiocho años.»

Había pasado una década y, por aquel entonces, Teresa ya era «muy femenina», vivía en Quito, y tras pasar por diferentes casas y empleos precarios, ya trabajaba como peluquera. Para sorpresa de todos, esta vez no volvió sola: «Yo parecía una gelatina de lo nerviosa que estaba. Fue bastante cómico porque fui con mi novio. Él es ruso y yo estaba toda arreglada y diferente. Cuando llegué, mi papá estaba afuera de la casa. No me reconoció. Me dijo: “¿En qué podemos ayudar?”, y yo le respondí: “Papá, soy tu hija, ¿no te acuerdas de mí?”. Se puso rojo». Con

los recuerdos de los insultos y las palizas aún en su memoria, Teresa esperaba que su padre volviera a encolerizarse. Sin embargo, esta vez no se puso agresivo. Simplemente le indicó dónde estaba su madre. Su papel en este último acto se había terminado: «Aquel día mi papá se marchó temprano de casa para no decirme adiós. Nunca se despidió de mí. Mi relación con él siempre ha sido un vacío difícil de llenar».

Su madre y sus hermanos salieron corriendo a recibirla, pero, aun así, no fue un reencuentro fácil: «Ella me dijo que estaba preocupada porque no sabía si me había pasado algo o si yo seguía viva. Se puso a llorar. Fue un día muy cruel. Había perdido casi once años de vida con ellos. Nunca les hice saber cómo estaba, ni dónde ni si necesitaba algo. Llegar a tu hogar, donde te rechazaron años atrás, y poder abrazar a tu mamá es una emoción que no se puede explicar con palabras. A muchos de mis hermanos el rencor ya se les había pasado, pero a mí la persona que más me importaba era mi mamá. Quería decirle que estaba bien, contarle mis anécdotas y explicarle todo lo bueno y todo lo malo que me había sucedido».

Con los vínculos familiares sanados, Teresa continuó con su vida al frente de la peluquería que había abierto en Quito. De repente, la normalidad se quebró cuando una mañana encontró pintadas de odio en la pared del establecimiento. Eran amenazas de muerte y de tortura: «Maricón, hijo de puta», «Te vamos a ahorcar», «Te vamos a rapar la cabeza». Teresa acudió a la delegación de policía a poner una denuncia, pero no sirvió de nada. Le dijeron que tenía que traer pruebas como, por ejemplo, fotos de los agresores haciendo las pintadas. ¿Qué iba a hacer Teresa? ¿Esperar toda la noche a que decidieran aparecer y hacer más grafitis? «Me dijeron que comprara pintura y lo tapara. Esa fue la respuesta de los policías a una amenaza. En Ecuador no tenemos derecho a nada y ya te pueden estar matando delante de

alguien que la policía no hará nada por ti. Solamente te dicen: “¿Y para qué te vistes de mujer? Eso es lo que provocas al vestirte así”. No hay leyes que la amparen a una.»

Para sentirse más segura decidió contratar a una persona más, pero los gritos y las burlas en las puertas de su local continuaban. Entonces, un día de julio sucedió. Salió tarde de trabajar porque estaba terminando unos tintes y, mientras cerraba la puerta, sintió cómo la estrangulaban por detrás: «Me subieron a un carro. Me llevaron a un lugar fuera de la ciudad. Me pusieron pistolas en la boca, me tiraron contra el piso, me rompieron la nariz y una costilla. Me dejaron casi muerta en un terreno abandonado. Logré salir corriendo y ellos lanzaron un disparo al aire. Después se fueron. Corrí tanto ese día. Era la tercera vez que me escapaba de la muerte. Aparte de que me habían golpeado como si estuvieran locos, me querían violar con una botella y cortarme el cabello».

Teresa volvió a acudir a la policía: «Discutí con ellos. Me dijeron que no me podían ayudar porque no tenía ninguna evidencia de quiénes fueron los agresores y que podía haber sido una pelea con mi marido. No ayudan a la gente y aún menos a una persona trans. Prefieren verla a una muerta», me cuenta.

A los pocos días le rompieron los cristales de su local y entendió que tenía que marcharse porque corría peligro —«era mi vida o aquel maldito negocio»—. Le vendió la peluquería a una amiga y con el dinero dejó Ecuador. «Haber dejado todo eso, llegar aquí y no tener nada, hace que te sientas como una pluma en el aire. El miedo a que me pudieran pegar o matar lo estaba palpando como te estoy viendo ahorita aquí. Creo que cuando te llega algo, te llega de golpe para dejarte esa experiencia bien cruda. Me había esforzado tanto para tener mi negocio y luego vi que todo se te va como agua entre los dedos. A veces pensaba: “¿Qué he hecho mal en la vida para que me pase esto?”»